

SOBRE ENCIERROS Y LIBERTADES

Adriana Amarilla





PROYECTO NÓMADES

Dirección. Francisco "Corcho" Benítez

Coordinación. Rocío Navarro

Diseño editorial. Laura Mutante para *Pulpa Productora*

Foto de tapa SOBRE ENCIERROS Y LIBERTADES. Rocío Navarro

CENTRO CULTURAL ALTERNATIVO

Santa María de Oro 471.
Resistencia. Chaco. Argentina
Tel: +54 9 362 4 45 31 65
cecual.info@gmail.com
www.cecual.com
cecual.blogspot.com.ar
Facebook: Cecual Cultura del Encuentro

INSTITUTO DE CULTURA DEL CHACO

Arturo Illia 245.
Resistencia. Chaco. Argentina
Tel: +54 9 362 4 45 35 47
chacotodaslasculturas@gmail.com
www.culturachaco.com.ar

Este libro se terminó de imprimir en Resistencia, en mayo de 2018.
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra
por cualquier medio sin la previa autorización expresa de la editorial
Impreso en Argentina

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY 11.723

*A mis padres Juan Carlos y Mari por sus sabios consejos.
A mis hermanos de sangre y del corazón: Gusti, Mauri, Quin,
Nacho, Guille, Juan y Nandi.
A mi esposo Alberto por su amor incondicional.
A mis hijos Joha, Mati, Jime y Dami, por confiar en mí.
A mis nietos Rodrigo y Nicolás por su inmensa ternura.
A Luz Vallejos, Nora Giménez, Lila Ibarra y Fabián Roja por
la amistad y el trabajo siempre en favor de los más humildes.*

Agradezco a Rocío Navarro y Lucas Brito Sánchez, coordinadores de los Talleres de Crónica Cecualera, y a todos los integrantes del grupo, por intercambiar y compartir en cada encuentro tantos saberes, especialmente a Eugenia Barberis, por sus correcciones.



SOBRE ENCIERROS Y LIBERTADES en CRÓNICAS DEL PANTANO.

“Tengan algo para decir. Tengan algo para decir. Tengan –repite Leila Guerriero como un mantra imperativo– algo para decir”. Así concluye un textito en el que juega a traicionar sus principios accediendo a dar algunos consejos sobre cómo convertirse en cronista. El decálogo es una lista de arbitrariedades –de hecho, se titula “Arbitraria”–, en el sentido de que menciona un puñado de hábitos que le sirvieron a ella misma para trabajar sobre su sensibilidad, pero que a otros podrían no movernos un pelo. Sin embargo, en él también aparece una máxima sobre cómo encarar un oficio que no sólo tiene que ver con escribir lindo y entretenido, sino con vincularse con otras personas, con sus historias. El modo, dice Leila, es prodigarse a ellas. Entregarse, pasar tiempo investigando, compartiendo, leyendo, en silencio: hallando algo para decir.

Esto es lo que viene haciendo Adriana Amarilla desde hace al menos veinte años. Porque quizás no fue hasta hace unos pocos que reparó en la fuerza que cobraba su voz cálida y suave cuando se vestía de cronista. Pero lleva toda una vida militando discreta y libertariamente el campo popular. Como alfabeticadora, fundando una asociación que trabaja por la memoria de su pueblo, impulsando una revista comunitaria: hallando algo para contar, viviendo.

Participó de los talleres y festivales sobre crónicas que desde 2013 impulsamos quienes habitamos la casa cecualera. Así nace Sobre encierros y libertades, un compilado de crónicas breves que oscilan en la dicotomía del encierro y la libertad, de la vida y la muerte, de la historia y el presente. Recuperando la cadencia de las historias que se narran de generación en generación, Adriana Amarilla describe el paisaje y la idiosincrasia de los pobladores de Fontana, donde conviven culturas de la comunidad qom y descendientes de colonos europeos con particularidades diferenciadas.

Desde una geografía de lo cotidiano, nos sumerge en un viaje urbano en tren, en una centenaria casa abandonada a orillas del río Negro, en una ola de suicidios en un barrio indígena, en la biografía de un joven que está preso, en el encuentro de un nieto recuperado con su familia chaqueña. Crónicas necesarias para sentir y pensar nuestro pantano, pequeños reflejos de este planeta ovalado que flota como una bola de espejos en la fiesta de la vía láctea.

Rocío Navarro, mayo de 2018

"La palabra es una acción que produce movimiento".

Oscar Santiago Bricchetto

SOBRE ENCIERROS Y LIBERTADES

2013

Desperté abruptamente con el sonido del timbre. Salté de la cama, me vestí apresurada con los ojos entrecerrados. Tomé el paquete con torta casera que había dejado la noche anterior sobre la mesa y mientras calzaba mis alpargatas blancas corrí a atender a Nora. En el asiento trasero de su vehículo estaban su hija Luz y Fabián, compañeros y cómplices de tantos sueños compartidos.

Era una bella mañana de día domingo. El sol se asomaba y curtía la piel como en cualquier otro febrero chaqueño. El panorama transmitía que era día de descanso. Las calles reflejaban serenidad en Fontana. La avenida estaba casi vacía de automóviles y unas pocas doñas hacían los mandados. Paramos unos minutos a comprar los clásicos bizcochos de queso, recién salidos del horno.

Continuamos unas pocas cuadras hasta estacionar justo en la esquina, donde llegábamos a destino: la comisaría. Lucía como una señora coqueta, pintarrajeada, taquito fino, que simula belleza, pero ocultaba por dentro sus profundas miserias. Esas que el mismo sistema genera y luego encapsula entre rejas. Esas de tez morena, con fama de pibes chorros, con olor a humo, portación de rostro y pobreza a cuestras.

Ni la fragancia de los jazmines que invadía toda la cuadra podía tapar el olor a orín y humedad que provenían del calabozo. Ni el estremecedor silbido de los gorriones que tan libres volaban de rama en rama, podía romper el silencio y la soledad de los que esperaban su único día de visitas a la semana, del otro lado de la pared.

Crucé la calle con esos tres locos lindos que ni sospechan que me sostienen. A mí y esos miedos que me conectan con el dolor que aún me quema adentro. Ricardo, mi primo, tenía solo 19 años cuando pasó a ser parte de los 30.000 desaparecidos. La misma edad que aquella mañana tenía Pedro, el protagonista de esta historia y el único capaz de hacerme entrar a ese lugar al que tanto desprecio le tengo.

–¿Podemos ver al detenido Pedro Gómez?–preguntó Nora al oficial, exhibiendo su credencial de abogada–.

–Sí. ¿Quiénes la acompañan?

–Él es trabajador social, ella profesora de Antropología y ella (por mí) su preceptora.

En aquel entonces Pedro cursaba 5to año del nivel secundario, en la misma escuela en que trabajábamos todos. Excepto Nora Giménez, que desde hacía tiempo asesoraba y defendía voluntariamente desde el anonimato a quienes estaban en conflicto con la ley, sobre todo si eran jóvenes, indígenas y pobres.

Después de tanto preguntar por él, sus compañeros de clase me dijeron que había caído preso. Como otros que también dejaron en el aula un banco vacío.

El oficial nos seguía observando como a bichos raros mientras escuchaba con volumen alto el radio-llamado. Pedro, que estaba privado de su libertad desde hacía dos meses, contemplaba todo lo que acontecía. Sus ásperas manos apretaban aquellas rejas, como sosteniéndolas.

Solo podíamos ingresar de a dos. Los primeros fueron Nora y Fabi. Entre ansiosa y nerviosa, había olvidado llevar mi DNI, aunque igualmente me permitieron pasar recalcándome que sería solo por esa vez.

Mientras esperábamos el turno me senté junto Luz, justo frente a la puerta de ingreso. En silencio, observaba la plaza José Palma, recientemente remodelada, una hamaca colorida a la que alguna vez llevé a mi nieto, la imponente chimenea de la ex fábrica taninera que parece tocar el cielo con sus 47 metros y la casa de don Chachín, un abuelo que me relató tantas veces la historia de este pueblo.

Pero otra realidad me atravesaba.

Comenzamos a dialogar cuando alguien interrumpió.

–¡Hola! Ya están acá. Vinieron temprano –dijo Ramona, mamá de Pedro. Mujer indígena, morena, robusta, imponente. Prendió un cigarrillo antes de iniciar su relato. Levantó la voz y nos miró de frente.

–Mi hijo está preso porque la sociedad no quiere que el aborigen sea alguien en la vida. Yo ya pasé esto con mi otro hijo. A Pedro lo denunciaron por un robo que no cometió. En el barrio todos saben quién fue. Un criollo que anda en una moto grande, vende drogas y nunca cae, o entra y sale. Quiero terminar de pagarle a la abogada, porque dicen que pagando 1.000 le saca. Pero yo apenas vivo de la venta de canastas.

La abogada que mencionaba Ramona hizo muy poco por Pedro. Fue Nora quien se presentó, como otras veces, como su defensora y logró con su intervención que no lo trasladaran a la Alcaidía.

Según expresaba su legajo judicial, Pedro estaba detenido por robo y disturbios ocurridos en el domicilio de su pareja. Había caído otras veces por hechos de violencia intrafamiliar, inhalaba pegamento desde muy pequeño, se ausentaba a clases muy seguido y callejeaba día y noche sin parar. Más de una vez lo cruzaba llevando a pie una vieja y oxidada bicicleta, en ella juntaba leña

y vestía sucio y harapiento. Algunos decían que estaba loco y otros, que se hacía. Pero al tiempo volvía a la escuela bien presentable y era uno más entre sus pares. A pesar de sus antecedentes, jamás lo había visto violentarse con nadie. Aunque parecía transitar su vida por un camino de cornisa, donde siempre corría peligro de caer al vacío.

–¡Pasen! Siguen ustedes dos –dijo el policía con cara poco amable–.

No podía pronunciar palabra ante el inmenso cuerpo de Pedro, de casi un metro setenta de alto. Escondía tras sus labios gruesos, apenas una sonrisa desdibujada. Y otra vez la escuela se asomó a mi memoria. Me preguntaba en silencio dónde habían quedado registrados los conocimientos de las clases de Antropología regional, las prácticas del taller de fotos, la exhausta investigación que realizamos para el documental con la historia del barrio, los campamentos en el Ñu Porá y tantos otros momentos compartidos. Pedro parecía sufrir de amnesia. Solo vivía el momento y preguntaba “¿Cuándo voy a salir de acá?”.

Nos sentamos en una de las tres camas que había en la celda. También estaba allí un joven que miraba hacia abajo. Más adelante recordé que era vecino de Pedro. El calabozo no era demasiado diferente al sitio que habitaban en su cotidianeidad. El despojo de toda comodidad y la manera de subsistir tan solo con lo indispensable eran igual.

Esos quince minutos de charla fueron eternos y suficientes para seguir sosteniendo el vínculo.

–Vamos a volver la próxima semana. ¿Qué necesitás?

–Lapicera y un cuaderno.

Ocho meses de visitar a Pedro todos los domingos y la libertad nunca llegaba. A pesar del incansable trabajo de Nora, quien lo acompañó debidamente en cada audiencia.

Él no había tenido la suerte de nacer en Holanda o Suecia, donde en los últimos años se han cerrado gran cantidad de cárceles. René Van Swaaningen, profesor de Criminología de la Universidad Erasmus de Rotterdam, cuenta cómo en el primero de estos países funciona hoy el flamante sistema penal y penitenciario. Relata que desde principios de los años '50 hasta la mitad de los '80 se hablaba de la excepcionalidad del país, que consiguió reducir la población penitenciaria hasta niveles ínfimos e impuso los valores resocializadores como en ningún otro lugar, convirtiendo en realidad el principio de que la prisión debe utilizarse solo como último recurso en todo sistema penal.

Como experiencia piloto, en estos países las cárceles comenzaron a tener extensos espacios verdes, con sitios de esparcimiento, canchas de fútbol y vóleybol. Comprobaron que el aire fresco reduce los niveles de estrés tanto para los reclusos como para el personal penitenciario y han visto que cuando a los internos se les permitía caminar sin compañía, a la biblioteca, a la clínica o al comedor, crecían en autonomía y les ayudaba luego a adaptarse a la vida civil después de su condena. En sólo un año en Suecia se cerraron ocho cárceles. Una de las razones parece tener que ver con la legalización de algunas drogas, que se acompaña con Programas Educativos respecto a su uso y efectos.

Reconozco la complejidad de la problemática del delito y la necesidad de poner en vigencia

normas claras en la sociedad para garantizar las libertades de todos y cada uno de sus habitantes. Pero me pregunto por qué Argentina va a contramano de estas experiencias y opta por prácticas de encierro y aislamiento. Actualmente 69.000 reclusos se hacían en las 250 colapsadas cárceles que existen a lo largo y ancho del país. Los datos estadísticos reflejan que en la mayoría de los casos al quedar libres los internos vuelven a reincidir en las mismas faltas.

Como controversia a todo esto, en este país son cada vez más los jóvenes que sueñan con pertenecer a las fuerzas de seguridad. Indudablemente, tal fenómeno responde a la aplicación de una clara política de Estado que invierte en tener a sus guardianes bien pagos, para ejercer a pleno sus mecanismos de control sobre los sectores más postergados de la sociedad.

Pedro, después de ocho meses de prisión en la comisaría local, consiguió ser trasladado a la Fundación Valdocco, una Casa Educativa Terapéutica que se encuentra en General Vedia, a poco más de 70 kilómetros de Fontana.

Hoy se escapó. Llegó a la escuela y preguntó:

—¿Ya está mi título? Porque quiero empezar los trámites para ingresar cuanto antes a la escuela de policía.

PASAJE A UNA REALIDAD URBANA

2013

Suena el silbato que anuncia mi partida en tren. Subo al vagón que me conducirá a ver
infinidad de sub-mundos.

Llegaré a destino en treinta minutos. Tiempo suficiente para alejarme de mi propio caos
existencial y zambullirme de pronto en esas miradas cansadas, en ese aroma a tabaco,
sudor, mortadela y ropa impregnada de humo.

Escucho risas, música de un celular y la voz tenue del guarda, que se entremezcla con la voz
fuerte de aquel campesino, a quien le delata su acento. Repaso uno a uno los rostros de quienes
sin prejuicio alguno, viajamos más de 5 kilómetros por el ínfimo valor de \$1.

Partí de la estación Cacuí.

Me incomodo por el desconsolado llanto de una niña, a quien su adolescente madre, casi
le arranca un mechón por dejar caer el pan, en un rincón la artesana que carga sus canastos y
cacharros quien a la vuelta los habrá canjeado por bultos de ropa usada.

En verdad lo más complejo está en la amplia ventanilla, que me interpela más que esa boba
caja de TV.

Avanzamos apenas un kilómetro cuando descubro que alguien me observa, tal vez sea el
fantasma que habita en la chimenea de la vieja ex-fábrica taninera de Fontana, mi pueblo casi
ciudad. El paisaje escaso de viviendas, me conecta con el verde de sus espacios vacíos de cemento.

La locomotora cruza la avenida Alvear, comienzan los recovecos y pasillos entre pequeñas
casas, rodeadas de aquel típico cerco de tacuaras. Es el barrio Cacique Pelayo, que se extiende por
más de un kilómetro y medio a la faz del ferrocarril. Finaliza en el punto exacto donde comienza
Resistencia.

Durante el constante balanceo del tren, estalla un primer cascotazo. Creo estar viajando en
un tren fantasma. Me inclino y veo un pequeño niño, que lanza su furia para avisar que existe.

Otros juegan a bombardear el tren con gomeras caseras.

Las vías me conducen hacia esas imágenes que preferiría no ver. Rieles que penetran en los basurales, nauseabundos charcos y fugaces imágenes de esos seres subsistiendo, entre moscas que giran sobre aquel perro flaco y sarnoso. En un patio de tierra reposan una bici herrumbrada, una silleta descascarada y un fuentón de chapa. Resacas del consumismo.

A lo lejos se distingue el inmenso galpón de grúas, que pronto lucirá acorde a la ciudad del progreso. Traspasamos ruta 11. La capital chaqueña, luce al margen del ferrocarril Sofse, segmentos de una indigencia atroz. Gente que se hacina en casillas inclinadas por el viento, compuestas de chapas, maderas o bolsas de polietileno. Excusado a la intemperie, un carro reposa y una yegüita blanca se alimenta de los matorrales. Nunca falta la leña, el humito y la olla negra. Y otra vez el basural, el charco y el perro flaco.

Va cambiando el panorama y comienzan los tapiales largos, pintados con las leyendas: "Yo confío en Coqui-Lista 501", "Resistencia, la ciudad de todos- vote a Aida Ayala". Se repite a lo largo del camino, y en cada muro de la ciudad.

Y se transformaron las imágenes en un abrir y cerrar de ojos. Como si estuviera haciendo zapping. Comenzó el asfalto, motos, casas prolijas, rejas, piedra laja, bocinas, barreras, edificios, avenida Hernandarias. Plaza 9 de Julio, niños felices, rolers, hasta el perro flaco se convirtió. Ahora es un caniche Toy en brazos de una señora que pasea elegante, luciéndolo.

Llegamos a destino, el tren se detiene a unas pocas cuadras de la plaza central. Muchos bajamos. Otros, suben. Inevitablemente todos, nos dirigimos hacia esos pequeños mundos de la desigualdad.

LA CASA DE DON TITI

2018

Yace abandonada, solitaria, oscura y fría. Por el grotesco tamaño de sus puertas y ventanas parece que gigantes duendes la habitaran. Paso frente a ella y me detengo a observarla.

El viento remolinea y esa tierra arenosa hace que mis ojos ardan. Pinos centinelas aun custodian su entrada. Veo el patio aledaño, plácida fresca que expande la sombra de árboles frutales, sobre todo mangos. A 500 metros entre arbustos y tacuarales se distingue el río Negro con su trazo serpenteante.

Han transcurrido 12 años desde aquel día de 2006 en que entrevisté a los dueños de esta centenaria morada. A Feno Fermín Címbaro Canella, o Don Titi, como todos lo llamaban; y a Ernesta Catalina Bergagno, su esposa, con quien cumplió las bodas de oro.

Contemplo el lugar y los recuerdos no tan lejanos vuelven a tomar vida en mi memoria. Era de siesta cuando los perros anunciaron mi llegada. Disparó el gato y Don Titi se dirigió feliz hacia mí con el bastón que le marcaba el paso y daba cuenta de sus 85 años. Su figura era menuda y baja. Sus ojos achinados de color verde esmeralda.

Pasé y saludé a la doña. Los perros echados en el umbral de la puerta del fondo hacían guardia. Sobre la mesa el vapor de una inmensa pava humedecía la atmósfera. Al lado, el mate y una bandeja con galletas de chocolate eran signos de que todo estaba listo para arrancar la charla.

Doña Ernesta permanecía sentada quietecita. Puse Play en mi grabador de mano y entre mate y mate Don Titi comenzó el relato.

—No sé si ya se lo contaron. Aquel horror de la peste bubónica que devastó a mi familia. Fue en 1924 cuando se ensañó la muerte, en esta misma casa. Mi hermano Clorindo, de 16 años, llegó infectado después de tocar una rata muerta que mi tío Antonio, de Tirol, dejó en medio de la calle. Don Julio Perrando cometió el error de no aislarlo. Dos o tres días después ya lo estaban

enterrando, la epidemia se había propagado. Dicen que mamá y papá empezaron a escupir sangre. Después, mi hermana Aurora, de 19, pobrecita ella, enfermó también. Cuentan que fue enterrada con su vestido de novia blanco, se casaba al mes siguiente. El novio podía haber huido, pero prefirió quedarse junto a su amada. Él, se salvó. A dos de mis tías maternas también les llegó la fatalidad y en menos de 15 días fallecieron nueve miembros de mi familia.

Don Titi hablaba acongojado, a pesar que repetía esa historia cruel del destino sin recordar nada. Apenas era un niño de dos años cuando ocurrió la desgracia.

—La junta médica ordenó hacer un cordón policial sanitario. Mi hermano mayor quedó atrapado. En cambio, el peón Duarte se escapó a los tiros. Nunca nadie lo volvió a ver. Solo los niños, por orden del doctor, fuimos subidos de inmediato al sulqui, sin nada de pertenencias, para ser trasladados lejos de este lugar. Quiso Dios que me salvara, igual que mi hermana Rina y mi nona gringa, quien cuidó de todos sin contagiarse. Todo fue luego quemado en la gran hoguera, incluido un inmenso almacén que teníamos. Muebles, ropas, colchones, papeles, objetos de valor, ardieron entre llamas.

El silencio se apoderó del momento. Los mates ayudaban a digerir el relato. Don Titi y doña Ernesta no tenían descendientes y el hecho de recibir visitas era para ambos todo un acontecimiento. Ella se levantó caminando agachadita y espantó con su bastón a las gallinas que andaban sueltas. Trajo un repasador blanco bordado a mano y con puntillas al crochet y me dijo: “Es para que limpie sus manos”. Y volvió a sentarse a mi lado.

Don Titi era nieto de inmigrantes, del contingente que llegó en la segunda camada al Chaco. Eran de la zona de Udine, Italia. Su familia había hecho raíces en Puerto Vicentini, una antigua colonia de Resistencia ubicada entre Puerto Tirol y Fontana, que a partir de 1959 queda integrada al ejido de esta última. Su abuelo Santiago Címbaro Canella también tuvo una muerte trágica, después de donar el lote para que funcione la actual escuela N° 6, se accidentó al volcar su carro cuando transportaba palmas para la construcción del techo del primer galpón que funcionó como local escolar. Hoy este establecimiento educativo lleva su nombre.

—Mi abuela se llamaba Catalina Blazutto. Había quedada viuda a los 39 años. Labraba la tierra desde muy temprano y con fuerza de hombre. Le quedaba tiempo para hacer queso, manteca y obtener huevos de sus gallinas para venderlos en Resistencia. Vivió hasta los 85. A mí me crió mi tío Luis, hermano de mi papá. Me enseñó también a labrar la tierra, a hablar en italiano y a rezar en latín. Me llamo Fermín como el Santo de Pamplona. Está usted invitada a la fiesta que se hará en su nombre. Será la otra semana, el 7 de julio, el mismo día de mi nacimiento.

Contiguo a su casa, el matrimonio poseía un lote de aproximadamente media manzana en cuyo centro mandó a construir una capilla. Sencilla, con techo de chapa de dos aguas, contra piso y paredes sin revocar, pero de gran tamaño. El necesario para reunir a toda su vecindad. Una vez al mes se celebraba misa. El sitio lucía espléndido, con tupido césped y algunas plantas impecablemente cuidadas, a su alrededor escasos arbustos, silvestres enredaderas y longevos árboles embellecían aquel lugar.

El día del Santo era una verdadera fiesta en la localidad. La novena y la procesión eran parte del ritual. Al frente, los anfitriones. Entre ellos doña Rina, con 92 años encima y los ojos del color del cielo. Había gente que se trasladaba desde lejos a compartir su fe, se sumaban a la caminata con cánticos, aplausos y con otras imágenes que acompañaban al santo hasta el altar. Flores multicolores traídas por los fieles desparramaban su aroma en todo el lugar. Se compartía el chocolate con las tortas fritas que doña Ernesta hacía para convidar a sus invitados. Los niños iban llegando con su tacita en mano. Cuando el sol bajaba comenzaba el típico baile de la comunidad vasca, el ballet se hacía presente con sus coloridos trajes, acompañaba la música y la alegría también.

—¿Sabía usted que esta casa se construyó aproximadamente en 1983? Durante mi juventud fue un centro de grandes reuniones sociales y en ocasiones se bailaba el pericón. Voy a mostrarle algo que conservo desde hace mucho tiempo.

Trajo un bello violín, que era ejecutado a oído. Se acomodó frente a mí y como quien toca una serenata a su enamorada, entonó una magnífica melodía que jamás antes había escuchado. Cuadros familiares con imágenes en blanco y negro permanecían en las paredes como aferrados.

—¿Y usted Doña Ernesta? —le dije y ella interrumpió el tejido a dos agujas de un pullover que dejó sobre la mesa para narrarme su historia.

—En mi infancia vivíamos donde ahora está el puente Bergagno, yendo para San Pablo. Pero en ese tiempo cruzábamos el río en canoa. Éramos cuatro hermanos. Recuerdo cuando emprendíamos la larga caminata con mis primos, Justino, Amelio, Nélica Bergagno e Hilda Dellamea, hasta llegar a la escuela N°6. Nos recibía el director Mayol y nuestra encantadora maestra la señorita Isidora Goyeneche. Mis padres trabajaban en la chacra, cosechaban algodón, maíz y mandioca entre otras cosas. Nosotros nos casamos en el '45, después de dos años de novios y lo celebramos con una sencilla y austera reunión familiar.

—También vivimos épocas de gran prosperidad —la interrumpió Don Titi—. Desde esta casa se escuchaba el bullicio de los cosecheros correntinos que transportaba el tren hasta Río Arazá, para utilizar su mano de obra. Fuimos testigos de la incesante actividad que trajeron los tres centros industriales que funcionaban aquí. La fábrica de tanino Hartenek, la cooperativa Lebrétón con su desmotadora y su planta aceitera instalada por el alemán Smith, y en Fontana, La Forestal. El ferrocarril Santa Fe llegaba a las 9:27 y era tanta su puntualidad que lo usábamos para poner en hora nuestros relojes. Esperábamos ansiosos el tren, porque a través de él adquiríamos las revistas que eran de gran entretenimiento. Estaban de moda las publicaciones Esto es, Aquí está y Ahora.

Una hora de conversación y mi grabador se apagó, pero seguí escuchando por largo rato. Era como estar en una clase de historia, con nombres, fechas, descripción de lugares, todo exacto. Datos que permanecían intactos en su memoria.

—Teníamos de todo aquí. Las primeras instituciones nacieron en Vicentini, aun antes que en Fontana. Había un centro de salud que contaba con maternidad, un tiempo vivió allí una partera de apellido Riera y también se trasladaba en sulqui un cardiólogo, el doctor Ramayo.

Sigo parada frente a la casona. Y en el fondo entre los arbustos me parece ver a doña Ernesta, con gafas y su cabello blanco, pero es solo mi imaginación. El gallinero está vacío y los perros, ausentes. Avanzo hacia la capilla que me han dicho que permanece cerrada desde hace tiempo. Pregunto a los vecinos por doña Ernesta y nadie sabe qué fue de ella. Afirman que Don Titi, dejó de existir hace un par de años.

Cierta paz me invade y decido retomar mi camino, esta vez sin mirar la casa y con la certeza que su dueño partió hacia la eternidad, en búsqueda de sus seres queridos.

CONTAGIO DE MUERTE

2017

Yo la vi, la vi colgada. La vi. Repetía mientras bebía lentamente el té. Hizo un largo silencio y respiró profundo. Extravió la mirada.

Cuando al comienzo de la charla, paradas frente a frente en la amplia cocina de la escuela le pregunté a Clara, la mujer qom, si conocía algún caso de suicidio en el “Cacique Pelayo”, el barrio en el que vive, me lo había negado.

Después de hablar unos minutos sobre diversos temas, entre el murmullo de los alumnos que desfilaban como ganado hacia las aulas, se acercó a mí y me preguntó en voz baja.

–¿Vos no sabías nada?

–No –le respondí–.

–Lo de mi prima. Yo la vi –expresó asintiendo con la cabeza–.

Supuse que mi pregunta removió ciertos fantasmas. Consideré que no era momento para interrogarla. Le aclaré que estaba por comenzar una investigación sobre los suicidios que se estaban dando en la comunidad y que tenía solo el conocimiento, de que eran muchos.

Me senté a su lado, en torno a la pequeña mesita de mantel a cuadros. Retomó la conversación diciendo:

–Ocurrió el año pasado. Vivía en el Sector tres. Tenía 18 años y era la segunda hija de cuatro hermanos. Hacía poco tiempo su familia se había trasladado desde Rosario, donde quedó su hijo, al cuidado de su padre. Tenía un pequeño hermano que no ingresó a la escuela. Ni acá, lo aceptaron. Se alcoholizaba cada vez más y fumaba sin parar. Llegué a sentir pena por ella. Creo que la agobiaba la soledad. No había nadie en la casa cuando pasó eso. Su familia se desintegró ahora. Sus padres se separaron y uno de sus hermanos se accidentó. La casa fue desecha totalmente.

Clara, tiene un poco más de treinta años, ambas trabajamos en la escuela intercultural bilingüe. Dice ser “creyente” y también hace unos años, vivió un tiempo en Rosario.

Más tarde averigüé la identidad de su prima. Pero ella nunca pronunció su nombre y cuando se lo pregunté, dijo no recordarlo.

“Cuando una persona de la comunidad moría, su nombre se transformaba en tabú. No podía ser pronunciado y hasta los niños eran enseñados en esta prohibición”.

Profesor Timoteo Gómez. Los códigos atesorados. Revista con aportes didácticos pedagógicos para la Educación Intercultural Bilingüe.

Es temprano y brilla el sol de la mañana con un ímpetu ancestral. Me traslado en bicicleta a unas pocas cuadras de mi casa. Ingreso a ese barrio “peligroso”, según consideración mayoritaria.

Pedaleo sin prisa. El lugar huele a torta parrilla. Harina, grasa, agua y sal, son suficientes para el habitual menú. De modo que siempre habrá brasa encendida. Como en tiempos en que la comunidad se reunía en círculo alrededor del fuego, en la típica ronda llamada coolichigüi.

Recorrer el barrio Cacique Pelayo es hacer un kilómetro por la única calle que lo atraviesa. Está dividido en tres sectores. Me traslado al último. En el camino observo el Centro de Salud contiguo al Salón Comunitario, también hay una iglesia. Algunos vecinos reconocen la existencia de cinco templos evangélicos. Por la calle de tierra en que transito descansa estirado un perro flaco y empolvado que obstaculiza mi camino. Sigo el recorrido de a pie y me cruzo con pequeños grupos de jovencitos que a plena luz del día inhalan insaciablemente del frasco de pegamento, con total naturalidad. Una placentera manera de transcurrir la existencia. Casi, hasta perderla.

Llego a destino. La casa de Rosa. Quien me espera junto a su numerosa familia.

En el patio se exponen artesanías que adquirirá algún turista, ya que entre los comprovincianos este arte parece no tener valor, ni estatus. A pesar de ello, los ancianos alfareros perseveran en su obra.

—Los jóvenes están enfermos con la droga. Si dejaran eso harían otra cosa —me dice Rosa, quien accedió a la entrevista para hablar sobre algunas realidades del contexto.

—Aunque acá vamos poco al médico vio. Usamos otra medicina. Aunque a veces los doctores nos vienen a buscar, para cumplir con los controles.

En tiempos no muy lejanos los pueblos indígenas contaban con la sabiduría de sus chamanes para mantenerse vigorosos y sanos. La cultura occidental les cambió la idea integral que poseían de salud-enfermedad, imponiéndoles la aceptación de la ciencia y la medicina convencional.

Desde el oscuro interior de la humilde vivienda percibo que unos ojitos me observan. Parecen ser más de dos.

El tren carguero aturde con su sonido he interrumpe la conversación. Pasan más de diez vagones de los cuarenta que lo componen cuando le pregunto a la mujer:

— ¿Alguno de sus hijos habla en qom?

—No les trasmití el idioma, porque a consecuencia sufrían la discriminación al momento de ir

a la escuela o relacionarse con los criollos.

– ¿Qué oportunidades cree que tienen los jóvenes aquí?

–Muy pocas. Prácticamente nadie posee trabajo formal. Solo algunos llegaron a ser enfermeros o maestros bilingües.

Esta comunidad solo vive de changas y algún aporte económico proveniente de las políticas públicas. Las familias viven hacinadas y transitan por un período de aculturación en donde las nuevas generaciones ya han perdido su lengua materna y prácticamente no se identifican con su cultura autóctona.

El barrio Cacique Pelayo está conformado actualmente por un total de 1.090 habitantes. Condensa a 297 familias, de las cuales 161 pertenecen a Pueblos Originarios y 36 son mestizas o criollas. Según datos estadísticos del último Censo de Habitantes, Viviendas y Condiciones de Salud del 2015 realizado por el Centro de Salud “Cacique Pelayo”.

En 1959 una de las colonias de Resistencia, la capital del Chaco se convertía en la localidad de Fontana, donde al mismo tiempo un grupo de familias indígenas se asentaban a la vera del ferrocarril reclamando al gobierno provincial, las tierras que hacía cuatro décadas poseía su antiguo Cacique, Francisco Pelayo. El barrio lleva hoy su nombre. Habitan en él todavía, algunos de sus descendientes.

Esta recopilación histórica fue lograda a través del aporte de uno de sus referentes, don Esteban Moreno, quien con sus 86 años aún conserva un archivo de datos con antiguas fotografías, variadas notas y amarillentos recortes de diario. Me relató además que en la década del '70 lideró una importante organización que reclamaba el derecho a la tierra, a la educación y a la salud. Hoy considera haber logrado gran parte de sus propósitos.

Tanto él como otros ancianos del lugar parecen haberse estancado en algún tiempo pasado. Aún conservan su lengua, son habilidosos artesanos, tanto hombres (allippi) como mujeres (na'alpi), practican libremente la alfarería, la cestería y comercializan a pequeña escala una variedad de hierbas medicinales. Pero en este sitio vienen sucediendo desde hace años, hechos trágicos. Y muchos de los más jóvenes parecen no sentirse acogidos, dentro de su propia comunidad. Mucho menos, fuera de ella.

–Se murieron muchos acá la' ñaaqi, jóvenes varones –me revela Rosa–. No quiero que mi hijo acabe así, como muchos que los baleó la policía. O terminaron quitándose la vida, como Armando Quiroz, que es otro en la lista.

“El Pi'oxonáq es la persona que cura a través de un ser espiritual que lo conecta con los distintos niveles del universo. Busca equilibrar la parte física y espiritual de la persona que se siente enferma como sinónimo de haber perdido el equilibrio, muchas veces por la influencia de fuerzas negativas.”

Aprendiendo de nuestros abuelos. Publicación del Centro Cultural y Artesanal Leopoldo Marechal, 2006.

Vivo solo a unas seis cuadras de la escuela secundaria donde desempeño diariamente mi labor. Hoy llegué como siempre, estresada. Mi notebook reposa sobre la mesita ratona. Estoy sola. Cierro puertas y ventanas para que nadie interrumpa esa búsqueda de inspiración. Me pongo a releer mis textos, una y otra vez. No puedo dejar de preguntarme ¿Por qué? ¿Por qué la muerte? Si siempre evadí hablar de ella. Siempre. Si vivo ignorándola a veces, como invadida de una eternidad plena.

Golpean las manos. No atiendo. Seguramente será alguno de esos amigos insistentes de mi hijo adolescente. Pienso en la estructura del relato.

Siguen golpeando.

Pasan varios minutos hasta que entreabro la puerta del frente. Ya es de noche. Veo apenas una deforme sombra inerte, bajo el tupido árbol de ligustrina que cubre gran parte de mi vereda. Estoy sin lentes. Pero distingo entre penumbras una bicicleta cargada de bultos y un canasto.

Camino lentamente hacia el portón de rejas. La luz de la calle alumbrá unos pequeños piecitos con zapatillas de lona roja, que cuelgan del cantero. Cuando veo a una pequeña niña tornada sobre la falda de su madre, que duerme como en un cuento de hadas. Su lacio cabello vuela al viento y la mujer la abraza. Corroboro. Es Juana Ríos. La mujer indígena que siempre ofrece artesanías y no acepta a cambio dinero alguno. Solo quiere ropa y calzados que intercambia generosamente con sus parientes que habitan en zonas rurales de la provincia y a quienes visita de tanto en tanto. La invito a pasar. No quiere despertar a su niña, que seguramente ya ha caminado lo suficiente como para caer rendida. “Esperaré que se despierte”, me dice, con vos tenue.

Comenzamos una amena conversación. No creo en las casualidades, la plática me lleva al tema:

– ¿Conocías a un tal Armando Quiroz, un chico que se suicidó en el sector uno?

–Sí, claro. Era mi pariente. Se colgó en el baño. Era alto y me acuerdo que sus pies aún tibios tocaban el inodoro. Quise bajarlo, pero no me dejaron. Dicen que podían quedar marcadas mis huellas. La policía como siempre tardó mucho en venir. Y nadie apareció del Centro de Salud que está a unos 200 metros nomás.

Según Juana, su familia no lo quería y lo trataba muy mal. Padeecía de una profunda tristeza y había días que no tenía ni para comer. Solo el pegamento lo ayudaba a evadir tamaña angustia.

Varias veces antes había intentado suicidarse.

–Yo le hablaba, le hablaba. Pero buscó la forma y se mató nomas – expresa, como si se tratara de una ficción–. Eso fue hace como seis años.

Después duda del tiempo que transcurrió y no insistí en preguntarle de nuevo. Es característico en la mayoría de los qom, no registrar numéricamente el tiempo. Ni andar corriendo tras él. La vorágine urbana no encaja en su lógica.

–Después la madre del difunto murió de cáncer. Con él, empezó todo. Y siguieron otros. Se fueron matando como en cadena. Parece que fue como contagioso. Le siguió Rubén Maidana (21). Eran compañeros ellos. Y más tarde fue Gonzalo (19), un criollo que vivía acá nomas, cruzando el

barrio. Perteneían todos a la misma junta.

Según datos estadísticos del Registro Civil de Fontana, en Cacique Pelayo además de los que nombra Juana, hubo dos muertes más por suicidios en la comunidad qom. Los cinco casos ocurrieron entre julio de 2010 y octubre de 2011. Los tres últimos, tenían 19 años y en su totalidad, eran varones. La cifra podría ser mayor, teniendo en cuenta que no todos tenían el domicilio real en sus DNI y que algunas defunciones pudieron haber quedado registradas en la sede del Registro Civil interno del Hospital Perrando de Resistencia, ya que Fontana cuenta con hospital propio recién a partir del 2013.

Juana sostiene firmemente la idea del “contagio” a tal punto que me confiesa que Mili, hermana de Armando, con 22 años, ya intentó varias veces suicidarse.

–Una vez se ahorcó con el cable de un alargue. Y la salvé yo. La baje pálida, desmayada. La coloqué en el piso. Avisaron a la ambulancia y se salvó. Un tiempo se fue al psiquiatra del hospital, aquí en Fontana. Ahora murió su madre y quedó en la calle. Sus hermanas la echaron de su casa. Otra familia del barrio la albergó.

–¿Vos no sabés si alguien podrá ayudarla?

“Los hombres animales tomaron como mujeres a las estrellas, de esta unión surgieron los primeros seres humanos. Estas se convirtieron en las primeras madres, las que conservan hasta hoy parte del poder de haber sido seres celestiales”.

Jorge Oliva. Mitos Qom. Historias del gran Chaco.

–Aquí está lo prometido – me dice Carla, en medio de un escenario dinámico en el que cada uno parece tener en claro cuál es su tarea. David, es el anfitrión del lugar. Se esmera por recibir a todos los que se acercan, mientras junto a Saúl y Luis, amasan ligeramente el pan con semillas de lino, sobre una antigua mesa de madera. Queso y picadillo serán el relleno esta vez, ingredientes elegidos con una creatividad impecable. Porque acá los pibes se reinventan a cada momento. Igual que el pan que dará sabor a sus vidas, se leudan o se queman día a día. Van llegando niños y jóvenes de todas las edades, quienes luego pintan dibujos en hojas recicladas y reciben apoyo escolar. Otros entonan e inventan canciones en un rincón del salón, mientras al que llaman Chino, toca la guitarra y tararea una canción. Están proyectando la publicación de una revista comunitaria y dictan diversos talleres. Entre ellos uno de armado de juguetes de madera. Estas actividades se desarrollan en el Centro Comunitario del Barrio Evita, que se transformó recientemente en un punto de encuentro de la comunidad. Se ubica en avenida Alvear al 4.200 entre la escuela Bilingüe Intercultural UEGP N°72, el Salón Artesanal y el barrio Cacique Pelayo.

–¿Querés mate? –dice Carla, mientras me hace entrega del cuadernillo anillado con más de 60 páginas que será un gran aporte para mi trabajo de investigación. Se trata de su tesis

final realizada recientemente en el Posgrado de Médicos Comunitarios que llevó a cabo en la Universidad Nacional de Chaco Austral, con sede en Sáenz Peña, junto a Lucila (trabajadora social).

Al salón le faltan algunos vidrios en la ventana y otras cosas por reparar. Pero los pibes del lugar se apropiaron del espacio. El gran mural en la pared del frente, el hornito de barro, la pequeña biblioteca de libros donados, adornada con banderines multicolores, las actividades recreativas, deportivas, las guiseadas compartidas, son reflejo de que este lugar propone una alternativa a los jóvenes desde que el CePLA se ha instalado allí.

El Centro de Prevención Local de Adicciones, es parte de una red formada por organismos gubernamentales y de la sociedad civil, que llegan hasta zonas de vulnerabilidad social de todo el país. El trabajo que llevan adelante comenzó en 2013, propiciado por la Sedronar (Secretaría de Programación de la Drogadicción y la Lucha contra el Narcotráfico), que busca dejar atrás la mirada que se establece sobre el adicto, de quien suele considerarse que es incapaz de superar por sí mismo el consumo problemático de sustancias psicoactivas. Con las leyes de Salud Mental N° 26.657 y de Protección Integral de los Derechos de Niños/as y Adolescentes N° 26.061 como marco, se alienta desde diversos programas, a implementar un abordaje innovador del tema.

Carla, es Licenciada en Psicología y en calidad de becaria forma parte de los veinte trabajadores que prestan servicio en este CePLA. Luego de recopilar datos durante dos años en el territorio, concluyó su Diagnóstico Comunitario enfocado en lo que la propia comunidad originaria, reconoce como primer problemática: el suicidio. De modo que su Proyecto Local Participativo se encauzó hacia la "Prevención del suicidio en adolescentes y jóvenes del barrio Cacique Pelayo".

El mate está listo y unas cuantas galletas de harina de arroz, algarroba y banana esperan ser degustadas.

Permanentemente ingresa gente al lugar. La charla acaba. Un grupo limpia rápidamente la mesa que aún tiene restos de masa. Y afuera, bajo la sombra del joven lapacho en flor, está Luis, quien teje al crochet con sus rústicas manos una bufanda, mientras Victoria lo asesora.

"Festividad Naimtac es el nombre de la fiesta más grande del año en agradecimiento de las bondades que ofrece la naturaleza. Cada individuo está invitado a traer un poco de miel y frutos de algarroba para construir al llenado de un recipiente hecho de un tronco de palo borracho y la miel de abeja, comienza la fermentación de lataxa na amap, aloja..."

Orlando Sanchez, Rasgos culturales de los Tobas.

—Sí, conozco algunos casos —dice Lili, otra vecina que accede a dar testimonio.

—En el sector dos, el hermano de Leo se ahorcó hace como 20 años. Su mamá después murió de cáncer y su papá quedó al poco tiempo en silla de rueda, hemipléjico. Leo fue el único que termino el secundario de esa familia, su hermana Margarita, por ejemplo, nunca fue a la

escuela. De la misma manera Rubén Maidana, del sector uno, se quitó la vida. Él lo hizo dentro de su casa, lo encontró su hermano Ángel. Más reciente fue el sobrino de Juan Martín.

Es característica en este lugar la muerte por ahorcamiento y se da sobre todo en la ñaqui, jóvenes varones. A diferencia de lo señalado por un estudio realizado por UNICEF en 2012 sobre suicidios adolescentes en población indígena de América Latina, que revela que el 85% de los casos en una población del Perú, son mujeres. El 44% recurre al método por envenenamiento, utilizando el barbasco, planta venenosa que servía para pescar y usaban algunos pueblos de regiones tropicales.

El suicidio, es un fenómeno mundial que crece día a día. Es la segunda causa por defunción en el grupo etario de 15 a 29 años. Los métodos por ahorcamiento, la ingestión de plaguicidas y armas de fuego, son los más utilizados. Argentina se ubica en tercer lugar entre los países de la región con mayor tasa de mortalidad por suicidios. Por año, se quita la vida uno de cada seis jóvenes entre los 15 y 24 años, según estadísticas de la Organización Mundial de la Salud publicadas en 2017.

En Fontana, entre 2010 y 2017 en el Registro Civil se asentaron 13 defunciones por suicidios, todos de sexo masculino, de los cuales siete corresponden a pueblos indígenas que habitaban los barrios mayormente del Cacique Pelayo, Pellegrini y Banderas Argentinas. De la totalidad de estos casos, uno era estudiante y los demás figuran como desocupados. Residían en barrios de gran vulnerabilidad social, como el Balastro, Barrio Quebracho o Independencia.

Desde el 2003 la Asociación Internacional para la Prevención del Suicidio en colaboración con la Organización Mundial de la Salud, ha establecido el 10 de septiembre, como "Día Mundial para la Prevención del Suicidio", con el objetivo de concientizar a la población, ya que esta problemática se puede prevenir.

Pero pienso en la pluralidad de causas que originan este flagelo. En la injusta desigualdad social. En el aislamiento y sometimiento que padece este grupo al que refiero en mis textos. Al grado de depresión que acumulan los jóvenes, a tal punto de haber perdido totalmente el deseo de estar vivos. A la estigmatización constante de una sociedad que los condena y los margina. Pienso en la ruptura del contexto familiar y de su propia comunidad que no ha sabido contenerlos. En la precarización laboral, en el desempleo, en la deserción escolar, en el excesivo uso de sustancias psicoactivas que les permite soportar el hambre y evadir la realidad. Pero sobre todo pienso, en el grado de responsabilidad que tenemos todos. Desde las organizaciones y del propio Estado, quien a través de todas sus instituciones, no ha logrado hasta el momento generar espacios suficientes, para un mejor vivir de estos sectores invisibilizados.

Algunos nombres han sido cambiados para resguardar la identidad de las personas.

VIAJE DEL REENCUENTRO

2013

Ansiedad, expectativa y una mezcla de dolor con alegría fueron a parar al bolso preparado a la ligera. El domingo primero de noviembre de 2009 a las veintiuna partió nuestro ómnibus rumbo a Buenos Aires. La terminal de Resistencia fue nuestro punto de encuentro, donde permanecíamos acantonados, uno al lado del otro, con el rostro cansado y la mirada chispeante. Todos nos deseaban buen viaje a los 12 que decidimos partir. Posábamos para la fotografía que sería indicio, años después, de esta historia increíble. Partimos rumbo a un mismo destino, al encuentro con el recientemente “aparecido”.

Fue el viaje más largo de mi vida, me pasé toda la noche cuchicheando con mi padre, conversaciones íntimas surgían como un manantial que al fin encontró su cauce. Observaba la historia imaginando que se reflejaba en el espejo retrovisor del moderno transporte en que partimos. Recuerdos existenciales se anclaban en mi mente removiendo el pasado, atroz pasado. Avanzaba el micro, pero la memoria se esforzaba en retroceder el tiempo, indagándolo. Casi sin dormir llegamos a la ciudad portuaria donde se avecinaba una tremenda tormenta. Ya habían comenzado las ráfagas de viento acompañadas de algunas gotas que generaban más misterio a la situación en que estábamos envueltos. El cielo gris oscurecía, se aceleraba el tiempo y estábamos cada vez más próximos a vivir el reencuentro, con alguien que no conocíamos y que una semana atrás ni siquiera sabíamos de su existencia.

Al llegar a Retiro nos dividimos en dos grupos. Por un lado los mayores, quienes fueron en búsqueda de un taxi; y por otro, los hermanos del “aparecido” que prefirieron ir a pie y de paso comprar un equipo de mate, elemento cultural tan necesario, que con tremendo alboroto habíamos olvidado.

Nos dirigimos todos hacia Congreso, al departamento de Gustavo Molfino, hermano menor de mi tía Marcela, quien nos albergó. Hacía 35 años lo había visto por última vez.

La lluvia torrencial nos dio la bienvenida e íbamos apareciendo con el equipaje húmedo y el

abrazo cálido en el pequeño departamento de dos ambientes del 6° piso "E". Casi no cabíamos en él, de modo que nos cobijamos en un gazebo que se encontraba en la pequeña terraza descubierta. Permanecimos parados uno al lado del otro cubriéndonos de la intensa lluvia que continuó por media hora más.

Abrazos, truenos, besos, relámpagos y lágrimas tejían la trama del primer momento. El siguiente paso sería acompañar a reconstruir una identidad propia desde nuestra verdad histórica. El tiempo se aligeraba, como en una película de Carlitos Chaplín. Y la terrible impaciencia de mi padre hizo que éste me murmurara al oído:

–Vámonos o llegaremos tarde a la cita. Almorcemos en algún bar cerca de la Sede de Abuelas para estar más cerca y llegar primeros.

–Como quieras –le respondí bajito–.

Era casi el mediodía y debíamos estar en lo de Abuelas a las 13.

Aprovechando el murmullo nos alejamos casi desapercibidos del lugar.

La lluvia había dejado sus huellas en los grandes charcos de la ciudad y sentía que una brisa tenue me empujaba obligándome a caminar. Pesaban los pasos del cansancio acumulado en varias noches de insomnio. Ningún taxi se asomaba y debimos transitar de a pie unos dos kilómetros, finalizando nuestro recorrido frente a las puertas de un restaurant que se mantenían entre abiertas, como invitándonos a pasar.

El mozo se hizo rogar, cuando accedió al fin a nuestro pedido de milanesas con ensaladas, nuestros celulares comenzaron a sonar, una y otra vez. "Vengan Ya", "Solo faltan ustedes", "Parece que ya llegó, apúrense".

Apenas en el segundo bocado nos miramos con mi padre y nos dirigimos al mozo, que decoraba la mesa con toda clase de accesorios:

–¿Podría envolvernos la comida, por favor? Tenemos una urgencia y debemos retirarnos.

Una irónica sonrisa desfiguró su rostro de poco amable, pero no le quedó otra que acceder a nuestro pedido.

El momento tan esperado había llegado, pasamos a una gran sala de espera en el que se encontraban los demás parientes sentados alrededor de una enorme mesa, 27 personas familiares del matrimonio compuesto por Marcela Molfino y Guillermo Amarilla, ambos desaparecidos el 17 de octubre de 1979 en la provincia de Buenos Aires. Esperábamos conocer a su cuarto hijo, nacido en cautiverio en Campo de Mayo. No sabíamos de su existencia ya que ignorábamos que mi tía estaba embarazada de pocos días de gestación al momento de su secuestro y su hijo más pequeño tenía en ese momento solo diez meses.

En uno de los extremos de la mesa, con el rostro exhausto, posaban sus tres primeros hijos, Mauricio, Joaquín e Ignacio, quienes quedaron al cuidado de mis padres después de haber sido restituidos a su familia paterna en el Chaco, tras estar 15 días secuestrados al momento de la detención de sus progenitores. En el mismo procedimiento militar también se llevaron a mi tío

Rubén Amarilla junto a sus dos pequeños hijos, Mariano y Valeria. Su esposa logró escapar y recuperó a los niños dos semanas después.

Frente a ellos, Estela Barnes de Carlotto, admirable anfitriona, presidenta de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, quien palabra tras palabra nos daba cuenta de su implacable labor en aquella institución. La agrupación Abuelas se inició en 1977, seis meses después de que las madres comenzaron a “circular” por Plaza de Mayo tras una orden policial que les prohibía permanecer de pie en la ronda de los jueves, suceso en que reclamaban al gobierno de facto la “aparición con vida” de sus hijos desaparecidos, después de haber golpeado muchas puertas de cuarteles, comisarías, iglesias, ministerios y hospitales, sin obtener jamás la más mínima respuesta a su insistente búsqueda. Fue un jueves 20 de octubre cuando una de las madres se separó de la ronda y preguntó: ¿Quién busca a su nieto o tiene a su hija o nuera embarazada? Una a una fueron saliendo las 12 que decidieron abocarse a la búsqueda de los hijos de sus hijos. Comenzaron con 14 denuncias y hoy saben que son más de 500 los niños nacidos en centros clandestinos. Se bautizaron con el nombre de Abuelas Argentinas con Nietitos Desaparecidos, pero más tarde adoptan el nombre que usaba el periodismo internacional al referirse a ellas: Abuelas de Plaza de Mayo. Así comenzó aquel largo caminar de estas mujeres que fueron capaces de traspasar el terror de los años de plomo, iniciando una búsqueda colectiva de quienes permanecían con vida, pero con una vida prestada y plagada de mentira, ya que casi todos sus nietos habían sido apropiados en la mayoría de los casos, por militares.

Gracias a su incansable labor lograron incorporar en 1989 a la Convención de los Derechos del Niño los artículos 7, 8 y 11 que garantizan en todo el mundo el Derecho a la Identidad, este hecho da lugar en 1992 a la creación de la CONADI (Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad), dependiente del Ministerio de Justicia, Seguridad y Derechos Humanos, organismo al que actualmente acuden todas aquellas personas nacidas entre 1975 y 1981 que dudan de su identidad. Otro gran logro fue la creación del Banco Nacional de Datos Genéticos, institución que obtiene, almacena y analiza la información genética necesaria como prueba para el esclarecimiento de delitos de lesa humanidad.

Tal vez nunca fui consciente de la lucha de esas abuelas, hasta tenerlas tan cerca. Compartieron la gran mesa, había pasado más de una hora cuando comenzamos a inquietarnos, no se concretaba el encuentro. Entre ellas se encontraba un hombre como de 60 años, un poco canoso, de bigotes gruesos que le tapaban el labio superior, hablaba pausado, emocionado, tenía una mirada penetrante y le decían Abel. Más tarde supe que se trataba del secretario de Abuelas, Abel Pedro Madariaga, quien buscaba a un hijo nacido en cautiverio.

Estela hizo que aquel momento fuera mágico, cada diez minutos se asomaba por la puerta y nos decía: “Está retrasado, ya va a llegar”. El lugar se convirtió en una verdadera sala de maternidad, algunos caminaban nerviosos, otros encendían un cigarrillo o se mordían las uñas.

—Acaba de llegar —confirmó Estela y se volvió a retirar, cuando reíamos y nos abrazábamos

a la vez—. Se llama Martín, y se crío con un militar —dijo Estela y volvió a salir. Nos explicó que él estaba reunido en ese momento con su hija Claudia, coordinadora de la CONADI y con un equipo de psicólogos que acompañan a los nietos al momento de recuperar su identidad. Sin dudas se encontraba en una situación más difícil que la nuestra, puesto que en ese mismo instante se estaba enterando que era hijo de desaparecidos y que sus familiares en la sala contigua lo estaban esperando. Ninguno de nosotros sabía cómo iba a ser el encuentro, si ingresaríamos de a uno a verlo, o en pequeños grupos y en presencia de los psicólogos.

—El militar murió hace 15 años, Martín vive con su apropiadora, una mujer mayor, de 80 —nos seguía contando Estela, que en un momento nos aclaró que jamás olvidemos que desde ahora ella era su abuela.

Fue el nieto recuperado número 98. Dos años atrás se había acercado por voluntad propia a realizarse una extracción de sangre a la CONADI porque dudaba de su identidad. Se crio como hijo único de sus apropiadores, quienes le dijeron que era adoptado, pero contó después que lo intrigaba su partida de nacimiento en la que figuraba que había nacido en Campo de Mayo (la única pista que lo llevó a la búsqueda por sí solo). En aquella oportunidad le avisaron que su análisis dio negativo, hasta hace unos días que a través de los juicios a militares se detectaron testimonios que confirmaban haber visto embarazada a Marcela en Campo de Mayo. El equipo de Abuelas se movió rápidamente para verificar la sospecha y esta vez sí, dio positivo. Mi familia celebró al saber que un nuevo hijo del matrimonio de Guillermo y Marcela encontró sus orígenes. En principio existía el temor de que podría ser producto de una violación sufrida en el encierro.

Estela ingresó por última vez y dijo: “¡Prepárense! Es todo suyo”. Ni bien pronunció la última palabra Martín ingresó al recinto acompañado por una comitiva de nietos recuperados. Solo atinamos a aplaudir, a llorar y aplaudir más fuerte una y otra vez hasta aturdirnos de emoción. Increíblemente la historia se cobró revancha, Martín apareció a los 29 años, a la misma edad en que desapareció su padre, y se reencontró con su familia un dos de noviembre, la misma fecha en que sus hermanos habían sido reintegrados a su familia de origen en Chaco.

Parecía mellizo de Nacho su hermano menor, crespo, extremadamente delgado, ojos grandes de color indefinido entre marrón y verdoso, abundaba sencillez. Ingresó sonriente, transmitiendo una inmensa paz. Al primero que abrazó fue a mi padre, luego se fundió en otro abrazo con cada uno de sus hermanos y completó la ronda. Y entre el silencio que invadía comenzó el repertorio de los tíos y primos

—¿Qué hacés? ¿A qué te dedicás?

—Soy músico, toco la guitarra y también el acordeón —dijo mientras sonreía y le contamos que ese instrumento tocaba su madre, la misma que le transmitió con todas sus fuerzas durante nueve meses un legado: reencontrarse con sus hermanos.

Y el tiempo se detuvo por largas horas como queriendo recuperar extraviados momentos.

Sentí la misma plenitud pocos meses después cuando Abel, el hombre de los bigotes anchos, también recuperó a su hijo.

ADRIANA ELIZABETH AMARILLA es operadora en Psicología Social. Nació en 1966 en Resistencia, Chaco. Entre el '76 el '82, durante la feroz dictadura cívico-militar, emigró a Buenos Aires junto a su familia, debido a la persecución que sufrieron los referentes del campo popular, político y social de la época. Con el surgimiento de la democracia regresó, radicándose definitivamente en Fontana.

Asumió la coordinación general de la Revista Local "Somos", ganadora por Chaco del Concurso Nacional de Publicaciones Barriales "Contalo vos", publicada entre 2005 y 2008. A través de este programa se capacitó en comunicación comunitaria, educación popular y gestión de proyectos sociales.

Se desempeñó como alfabetizadora voluntaria en una comunidad qom en 2007 a través del Programa Nacional de Alfabetización para Adultos "Encuentro". Y en 2006, junto a otros vecinos de Fontana, funda la Asociación Civil "Memorias de Nuestro Pueblo".

Desde 2010 hasta 2017, trabajó a como auxiliar docente en el Centro Educativo Franciscano Intercultural Bilingüe U.E.G.P N° 72 "Cacique Pelayo", donde participó del Programa Jóvenes y Memoria con la producción del documental "Yeima", que relata la historia del barrio qom de Fontana y fue exhibido en diversos espacios, tales como las Primeras Jornadas Internacionales sobre Conflictos y Problemáticas Sociales, organizadas por la Facultad de Humanidades de la UNNE.















